





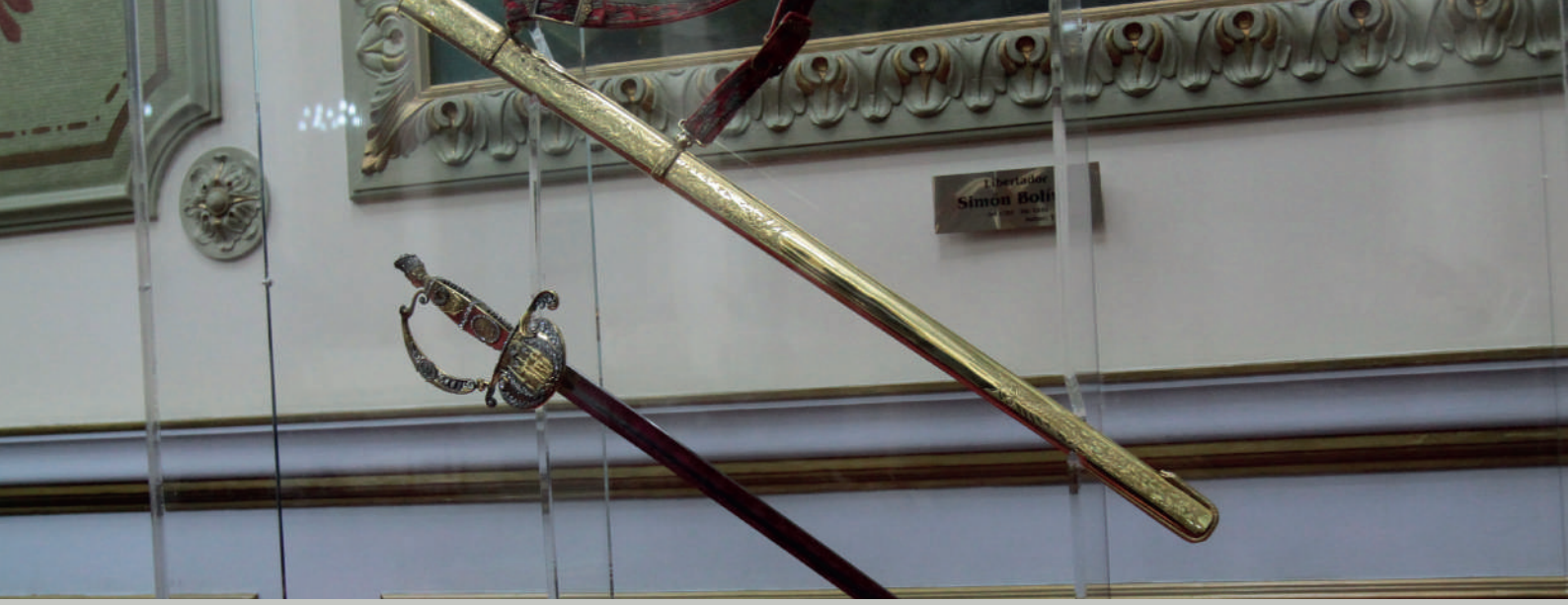

IRREVERSIBILIDAD... COMO LA LUNA LLENA
CRÓNICA DE LA ÚLTIMA PROCLAMA
© Jorge Arreaza Montserrat

Fotografías
© Archivo Mincit

Fotos de portadillas
El Comandante Chávez saluda a su pueblo bajo la lluvia intensa
en el cierre de su heroica campaña electoral el 04 de octubre de 2012

Cuidado de la edición
© Germania Fernández

Cuidado de los textos
© Coral Pérez

Diseño y cuidado editorial
José Gregorio Vásquez

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:
Depósito legal: DC2022001991
ISBN: 978-980-18-3079-5

Impreso en Caracas, Venezuela

IRREVERSIBILIDAD

... COMO LA LUNA LLENA

CRÓNICA DE LA ÚLTIMA PROCLAMA

JORGE ARREAZA MONTSERRAT





"(…) mi opinión firme, plena como la luna llena,
irrevocable, absoluta, total, es que —en ese escenario que obligaría a convocar
como manda la Constitución de nuevo a elecciones presidenciales—
ustedes elijan a Nicolás Maduro como presidente de la República Bolivariana de Venezuela.
Yo se los pido desde mi corazón".

Hugo Chávez



Aquella tarde del 2 de diciembre de 2012 la recuerdo con claridad meridiana. Era domingo, clima soleado y fresco y también la primera fiesta de cumpleaños a la que asistía solo con mi hija de 6 años. Para mí era como la primera cita con la heredera de mi alma. La fiesta se celebraba en un parque público y los niños y niñas estaban disfrutando de las ilusiones de un mago. De repente, sonó el "telefonito presidencial" con una llamada de la central telefónica del Palacio de Miraflores. *Buenas tardes Ministro, le habla (rango militar y nombre) de la central de Miraflores, mi Comandante en Jefe quiere hablar con usted*. El Comandante Chávez estaba en La Habana, había partido el 27 de noviembre para seguir un protocolo médico con el uso de una cámara hiperbárica, como parte de su recuperación tras las cirugías y tratamientos oncológicos. Yo sabía poco de su evolución porque, tanto Rosa Virginia, como María Gabriela eran muy estrictas con la seguridad de las comunicaciones y celosas con la información que se compartía. Recordemos que desde finales de los años 80 ya la familia Chávez Colmenares tenía experiencia en resguardar la información y movimientos para no poner en riesgo al Comandante y sus sueños. Yo tenía planteado viajar en unos días a Cuba para informarme directamente sobre la condición del Presidente y ponerme a su servicio, pero aquella llamada lo aceleró todo.

Durante la última proclama del Comandante Chávez, le encomienda al pueblo venezolano elegir a Nicolás Maduro como próximo Presidente de Venezuela para darle continuidad a la Revolución Bolivariana.



En tono sereno, el Comandante me saludó preguntando por la familia y los avances en el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Me costaba un poco escuchar con claridad por el bullicio propio de la fiesta infantil y por la propia tensión que me generó su llamada. El Jefe fue directamente al asunto: me pidió viajar de inmediato a La Habana, estaba convocando a un grupo reducido de sus más cercanos colaboradores con carácter de urgencia. Me informó que el avión ya estaba dispuesto en Maiquetía. No lo dudé ni por un segundo. Más allá de considerar que su solicitud era una instrucción, una orden, las circunstancias y el tono de su voz me indicaban que se trataba de algo realmente importante. Le sentí tranquilo, pero angustiado y urgido de contar con la presencia de su equipo más cercano cuanto antes. Algo ocurría y no podía esperar. El Vicepresidente Maduro me llamó a los pocos minutos para garantizar que yo estuviera al tanto de la instrucción. Él no viajaría en esa oportunidad, pero sabía que el Comandante giraría una serie de instrucciones que debían serle trasladadas de inmediato. Afortunadamente, el padrino de mi hija estaba en aquella fiesta, por lo que la dejé a buen cuidado, le pedí excusas a la niña por tener que irme tan súbitamente. Fui a casa a hacer el equipaje y salí directo al aeropuerto. En el avión viajamos Cilia Flores, Adán Chávez, Diosdado Cabello, Miguel Rodríguez Torres, Rafael Ramírez y yo. Las tres horas de vuelo parecían eternas. Aunque todos manteníamos la calma y conversábamos con naturalidad, en el fondo sabíamos que aquel llamado tan apresurado no era para recibir buenas nuevas.

Al llegar a Cuba, esperaban varios vehículos protocolares que nos llevaron directamente al Hospital Cimeq. Todo aquello me era muy familiar, pues en esos carros, en ese hospital y en aquella misma habitación, había acompañado al Presidente durante

las cirugías y postoperatorios anteriores. El cariño y respeto del personal del hospital siempre fue notable y lograban distender muchas veces el exceso de tensiones con el que la familia o sus equipos llegaban al lugar. Al darnos acceso a su habitación, el Comandante nos recibió con una sonrisa sincera y nos agradeció el haber acudido con tanta celeridad. Como siempre, preguntó por su Pueblo y por su Fuerza Armada. Luego comenzó a disertar sobre su salud. Nos informó que todo indicaba que se había producido una recidiva del cáncer y que todo apuntaba a que debería someterse a una nueva cirugía. Era información preliminar. Aún estaba pendiente una serie de estudios para confirmar el diagnóstico. Sin embargo, el Comandante se comunicaba permanentemente con su equipo médico y manejaba sus criterios de primera mano. El Jefe temía una operación delicada, por la información médica que recibía y la condición de su sistema inmune. El pronóstico era difícil de predecir. Con mucho rigor, se dedicó, con su método siempre pedagógico, a hablar del futuro y de sus riesgos. Nos planteó entonces 3 escenarios posibles:

1. Que la cirugía fuese exitosa, su sistema inmune resistiera y que se reincorporase pronto a sus funciones de Jefe de Estado.
2. Que el resultado de la cirugía fuese muy poco alentador y no estuviese en condiciones de seguir gobernando.
3. El peor de los desenlaces: su partida física.

Nos pedía trabajar y proyectar cada escenario, prepararnos para cualquier resultado y darle continuidad a la Revolución en cualquier circunstancia. La cirugía debía realizarse en cuestión de días. Aún faltaban unos estudios para confirmar la condición precisa. Debíamos ser muy celosos con la información y tras-

mitirle de inmediato al Vicepresidente Maduro sus orientaciones. A mí me pidió quedarme en La Habana y ayudarle a gobernar desde el Hospital: *Ya sabes, Jorge, como en las ocasiones anteriores, donde yo esté, ahí estará mi puesto de Mando*. Todos le insistimos en que estaba en las mejores manos médico-científicas, que debíamos tener fe y que el primer escenario sería probablemente el resultante. El Comandante nos escuchaba con atención pero insistía en debíamos estar listos para cualquier opción del destino. Por primera vez, Hugo Chávez nos obligaba a pensar en una situación en la que él no pudiese gobernar o, peor aún, en la que él ni siquiera estuviese presente. Hugo Chávez siempre contemplaba los planes en toda su extensión y dimensión. Por eso, aunque nos demandaba sugerencias para precisar los cursos de acción probables ante cada escenario, los temas esenciales ya estaban claros en su mente y su alma. Volvió a tomar la palabra y nos hizo saber su pensar en un tema fundamental para el futuro, el relevo: *Quiero que sepan que en el caso que se produzca el segundo o el tercer escenario estoy considerando que Nicolás asuma el mando. Comuníquenle a él que esa es mi posición, ahora, cuando regresen*. Aquella consideración se me hacía lógica y oportuna. Líneas más adelante volveremos sobre este tema central y determinante.

Salimos aturdidos de aquel encuentro. Si no me equivoco, mis compañeros regresaron de inmediato a Caracas, mientras que yo me fui a la Casa Protocolar donde estaba alojada la familia. Nos pidió evitar viajar todos en el mismo avión por razones de seguridad, recordando que "el Diablo anda rondado". Nos exigía no subestimar al enemigo jamás. El Comandante no tenía dudas de que "el Diablo" estaba detrás de su enfermedad. En muchas oportunidades se tocaba las heridas o las señalaba y se refería al Diablo, como imagen alegórica


PERFECT
10

que representa al mal, al imperialismo norteamericano y su terco empeño en dar al traste con la Revolución Bolivariana.

Al día siguiente fui a trabajar con el Comandante en el Hospital. Justo enfrente de la suya, sus hijas tenían otra habitación a disposición de ellas, en la cual pasamos buena parte de las noches de ese mes de diciembre. Mientras el equipo médico lo evaluaba y le hacían estudios, yo trataba de organizar la información de Puntos de Cuenta pendientes, hacía las llamadas que me indicaba el Jefe y consultaba con el Vicepresidente Maduro cualquier documento a ser presentado y cada instrucción que me daba el Comandante. Unas sillas de mimbre y mecedoras que estaban a mitad de pasillo se convirtieron en mi improvisado despacho. Ese día, en la tarde-noche, el Comandante fue trasladado a otro sector del hospital donde le realizarían los estudios de resonancia magnética necesarios para proceder con precisión durante la cirugía. Los resultados no estarían disponibles hasta el día siguiente, por lo que el Comandante me pidió irme a descansar.

A eso de las 6:30 de la mañana un compañero trabajador del personal de la Casa Protocolar tocó con insistencia la puerta de la habitación para despertarme. El Comandante me estaba llamando por teléfono. Me levanté sobresaltado y fui hasta el pequeño mueble donde reposaba el aparato telefónico. Para mi sorpresa, del otro lado de la línea no me habló el Comandante Chávez, sino el Comandante Fidel Castro. Mientras me daba los buenos días, mi mente pensó en mil opciones por las cuales el líder de la Revolución Cubana me llamaba tan temprano. Me preguntó con su voz tranquila: *Jorge, ¿qué estás haciendo en este momento?* Le respondí que me había despertado con su llamada, que estaba a su disposición. *Tienes que venir*

inmediatamente a mi casa, el problema es las imágenes. ¡Las imágenes! Entre la confusión por la llamada y el sueño, no atinaba a entender a qué se refería el Comandante Fidel. Sólo cuando agregó que también convocaría al Jefe del equipo médico del Comandante Chávez, caí en cuenta. Me alisté tan rápido como pude, y cuando salí para irme en el vehículo que me habían asignado, ya estaba esperándome otro carro del equipo del propio Comandante Fidel.

En menos de 10 minutos estaba en su casa. Atravesé el jardín a la velocidad de mi angustia y al entrar en la casa estaba el Comandante Fidel, cabizbajo, con la mano en la barba, sentado en su silla, viendo hacia el horizonte de sus pensamientos, esperando por nosotros, con un sobre grande en la mano. Le saludé. Me extrañó no ver a la señora Dalia, su esposa, que siempre le acompañaba. Me senté, pero por alguna razón no en la mecedora donde siempre me sentaba cuando le visitaba, sino en la del otro lado. Se incorporó el Doctor con rostro de preocupación y el Comandante Castro repitió: *Jorge, el problema es las imágenes*, sacando las láminas de las resonancias magnéticas del sobre. *De nuevo reincide el tumor en la misma región donde ya lo tuvo y esta vez es más grave*. Le pidió al médico explicarme la situación con detalle. Dada la condición del organismo del Comandante Chávez, la cirugía sería de alto riesgo. El pronóstico era reservado. Aquella expresión del rostro del Comandante en Jefe jamás la había visto antes. Sentí que el mundo se me vino encima. Fidel hacía más comentarios sobre la situación, pero yo me había desconectado. Se quedó viéndome fijamente. Debo haber estado muy pálido. Creo que me temblaban las manos. *¿Te sientes mal?* No recuerdo qué contesté. El Comandante Fidel mandó a que me sirvieran una infusión de moringa que ciertamente hizo que me volvieran el alma y la razón al cuerpo. *Es tiempo de ser valientes y afrontar esta etapa con*

rigor, me dijo. Le aseguré que me ocuparía de todo lo que estuviese a mi alcance. Me sugirió entonces hablar con Rosa y María Gabriela de inmediato para explicarles la situación y prepararlas para los posibles escenarios. Eso hice. Salí de ahí, me hice acompañar del Doctor y fuimos a hablar con Rosa y luego con María. Ambas conversaciones fueron muy difíciles y dolorosas. Para ellas, Hugo Chávez era mucho más que su padre, era y es el amor más desbordante de sus existencias, su razón de ser y sentir. El sólo plantear que la cirugía sería de alto riesgo, les golpeó el alma y les oscureció el mundo.

Una cosa era que el Comandante se paseara hipotéticamente por los diversos escenarios posibles, y otra, muy distinta, que, con exámenes médicos diagnósticos en mano, se convalidara la preocupación estratégica del líder de la Revolución Bolivariana. El equipo científico hacía juntas para determinar la ruta médica a seguir. En horas de la tarde, regresé a la casa del Comandante Fidel para darle parte de las conversaciones y gestiones. De inmediato me dirigí al hospital. Ya los doctores le habían hecho saber al Comandante Chávez los recientes hallazgos radiológicos. Cuando entré en la habitación, lo encontré calmado, leyendo. Me preguntó si estaba al tanto de las últimas novedades. Preguntó por sus hijos, nietos y por el Vicepresidente. Me dijo que ante la dificultad y los nuevos riesgos que implicaba la operación, tenía la certeza de que debía regresar a Venezuela, aunque fuera por un par de días. Tenía que dirigirse al Pueblo y prepararlo para los escenarios que pudiesen presentarse. En ese momento, se manifestaba en su rostro aquella mirada de estadista nato que viaja al futuro y regresa para evitar que ocurra lo que vio, o bien para garantizar que ocurra de la mejor manera. El Presidente tenía una vía tomada en el brazo, se sentó y me dijo: *Tú comprenderás Jorge, yo espero que todo salga bien, pero vivir así (mientras señalaba las*


CONSTITUCION
DE LA
REPUBLICA
BOLIVARIANA
DE
VENEZUELA
1999

cicatrices de las cirugías anteriores y la vía del brazo), vivir así no es vivir. Esos son los momentos que uno jamás hubiese querido vivir. Quise dejar pasar aquella reflexión con mi silencio.

Me pidió que me sentara a su lado y me abrazó, con uno de esos abrazos llenos de energía vital poderosa para dar fuerzas. Vaya paradoja que él me diera fuerzas a mí en aquel momento. *Vayamos por pasos*, me dijo. Me hizo recordar un abrazo similar del 7 de diciembre de 2007 en la noche. Aquella noche, una hora antes, el Comandante había reconocido la derrota electoral de la Revolución de la propuesta de Reforma Constitucional que él había presentado ante la Asamblea Nacional meses atrás. El margen de votos por el que se pierde aquella elección fue casi insignificante. Aquel reconocimiento inmediato, aunque doloroso, fue garantía de paz política y social en una Venezuela en la que los conspiradores de oficio estaban ejecutando un plan de desconocimiento y violencia ante una eventual victoria de la Revolución. Esa noche yo estaba en los estudios de Venezolana de Televisión como moderador, acompañado de Vanessa Davies, recibiendo y comentando la información del Consejo Nacional Electoral y la intervención pacificadora del Presidente. Habíamos apostado con mucha fuerza por aquella Reforma, que contemplaba avances sustantivos en los derechos sociales del Pueblo y la reelección indefinida de los cargos públicos. Me sentía derrotado. Aún estaba al aire cuando recibí una llamada de María Gabriela Chávez: *Mira, tu Jefe que te vengas directo para acá al salir del canal*. Mientras iba en camino al Palacio pensaba en la oportunidad política perdida y en qué le diría al Comandante al verlo. Si yo me sentía tan mal, él debería estar devastado. Pero Chávez era Chávez. Al llegar a Palacio me hicieron pasar directo al Despacho 1, donde el Comandante, con el Canciller Maduro, recibía a familiares de varios

El Comandante Chávez desde el Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores, siempre enalteciendo la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

rehenes de la guerrilla colombiana. La Senadora Piedad Córdoba, que siempre ha mostrado mucho cariño y deferencia conmigo, al verme entrar se levantó para saludarme. Aquel gesto interrumpió la reunión. El Presidente también se levantó y cuando mi mirada de derrota se cruzó con su mirada de fuego, no alcancé a decir nada, él me tomó por los hombros y me abrazó: *Jorge, aquí no hay derecho para tristezas. Esta fue una derrota circunstancial, además de una victoria pírrica para el adversario. Nadie dijo que el camino hacia el socialismo es de flores. Siéntate aquí, vamos a trabajar con estos amigos de Colombia, por la paz*. Aquella reflexión fue escuchada por todos. Me senté, sequé un par de lágrimas que comenzaban a brotar de mis ojos, tomé mi cuaderno y me puse a trabajar.

Volviendo a aquella noche del 4 de diciembre de 2012, ese abrazo sanador hizo que me bajaran un poco los sentimientos acumulados y las angustias de aquel día tan duro. Y tal como en 2007, tras recostarse me dijo: *Bueno, vamos a trabajar*. Hizo una nueva revisión de los escenarios post-quirúrgicos. En ese momento, me pidió opinión sobre un tema muy sensible, quizás el más trascendente y determinante, dadas las circunstancias sobrevenidas: *Lo que les dije hace un par de días, cuando vinieron de Caracas, no lo había compartido con nadie, sólo lo saben ustedes y eres el primero a quien le pido opinión; confío en tu criterio. He pensado y meditado mucho sobre quién puede asumir el testigo si yo no estuviese en condiciones de seguir gobernando o si, sencillamente, yo no estoy. Me he paseado por las virtudes y fortalezas de varios compañeros, cuadros que tú bien conoces*. Comenzó entonces el Comandante a mencionar uno por uno a distintos compañeros de su más alta confianza. Describía brevemente sus trayectorias políticas, sus muestras de lealtad, sus personalidades, virtudes y defectos. En su presentación, el propio Comandante iba descartando

a algunos y seguía considerando otros. *Quiero tu opinión sincera, Jorge, considero, como les dije el domingo, que entre ellos el que reúne más condiciones es Nicolás, por su experiencia política, porque es conocido en el mundo como un gran Canciller, es leal a toda costa, es el Vicepresidente, la gente en las calles también lo conoce y si vamos a una elección pronto por falta absoluta mía, eso es muy determinante. ¿Qué opinas tú? Dime con absoluta franqueza, yo lo conozco desde mi posición, pero tú lo conoces como compañero*. No dudé, ni tardé en responder: *Estoy totalmente de acuerdo, Comandante, sin dudas Nicolás es el más indicado, por muchas razones.* Le di, además, una adicional, que para mí era central: *Nicolás es un trabajador, viene del sindicalismo y es la clase trabajadora la que realmente debe estar a la vanguardia de la construcción del socialismo, sería una señal muy potente para el Pueblo. Nicolás puede garantizar que eso ocurra*. El Presidente había cerrado los ojos mientras me escuchaba y parecía asentir ante cada uno de mis argumentos mientras movía los labios como señal de coincidencia. Me interrumpió al abrir aquellos ojos auscultadores con luminosa energía mientras se dibujaba una sonrisa de satisfacción en su rostro y agregó *claro Jorge, eso lo también lo he considerado y es una poderosa razón: el militar del Pueblo que por circunstancias le correspondió liderar esta Revolución, le entregaría el testigo a un hombre de la clase trabajadora, un obrero de ese mismo Pueblo, para que los trabajadores hagan irreversible la Revolución*. Se echó a reír con picardía: *esa palabra que tu tanto repites, de la que hasta se puso María una franela que le diste, la Irreversibilidad.*

En efecto, con nuestro equipo de trabajo político, habíamos asumido que toda acción de gestión de construcción de socialismo debía conducirnos al punto de no retorno, a la Irreversibilidad de la Revolución Bolivariana. Para las elecciones del 7 de octubre usamos unas franelas, camisetas, con la palabra Irreversibilidad, que incluso me valió un reclamo de una rectora del Consejo

Nacional Electoral, porque las letras I y V de aquella palabra estampada en la camiseta con la que acudí a votar se asemejaban a las de la logografía del Partido Socialista Unido de Venezuela. Mi querida hermana María Gabriela Chávez asumió también aquella expresión y se puso su camiseta con la expresión "Irreversibilidad" para celebrar desde el Balcón del Pueblo aquella noche de alegría y victoria popular.

Luego de aquella fase de la conversación con el Comandante, me informó sobre otra decisión de la cual él no tenía dudas, pero que a mí me dejó muy desconcertado: "Otra cosa, Jorge, en la eventualidad de que Nicolás Maduro asuma la Presidencia, en cualquiera de los escenarios que hemos analizado, tú debes asumir la Vicepresidencia Ejecutiva de la República". La luz reflejada en las paredes blancas de la habitación del hospital parecía encandilarme en ese momento. *¿Yo, Comandante? ¿Está seguro? ¿Por qué yo?* El Jefe se sonrió y dio una larga explicación en la que se paseó por mis características y compromiso, hasta la necesidad de proteger a la familia ante algún evento indeseado. Yo insistí en cuestionar su pre-designación. Mi relación con el Vicepresidente Maduro era buena, fluida. Como Ministro de Ciencia y Tecnología, siendo él Ministro de Relaciones Exteriores, jamás tuvimos un percance y siempre trabajamos en armonía, y la verdad es que el Canciller Maduro siempre nos sometía a presión en todas las agendas internacionales. Pero no era yo de su anillo más cercano, ni sabía si contaba con su plena confianza. El Presidente hizo caso omiso a mis objeciones y continuó. Traté de entender que aquella decisión le daba tranquilidad al Comandante, dejé de cuestionarla, y le expresé que, independientemente de la responsabilidad o tarea, toda mi voluntad y lealtad estarían siempre al servicio de la Revolución y de sus orientaciones estratégicas: estaría siempre a la orden del Vicepresidente Maduro.

Durante la última proclama del Comandante Chávez, le encomienda al pueblo venezolano elegir a Nicolás Maduro como próximo Presidente de Venezuela para darle continuidad a la Revolución Bolivariana.



El Comandante frunció el ceño y con mucha seriedad y voz grave pasó a decirme: *Jorge, tienes que jurarme que acompañarás a Nicolás en cualquier circunstancia que se presente. Que estarás a su lado en todo momento. Pase lo que pase*. *Se lo juro Comandante, despreocúpese. Lo acompañaré por siempre*, contesté. El Jefe agregó: *El enemigo va a arreciar, conmigo o sin mí. Tienen que estar juntos*. En ese momento entendí que a Nicolás Maduro le correspondería asumir el mando total de la Revolución, tarde o temprano, en aquella coyuntura, o más adelante. La confianza que el Comandante Chávez depositaba en Nicolás era del tamaño de la responsabilidad histórica que dejaría a su cargo. Su certeza, con respecto a la decisión de seleccionar a Nicolás Maduro, era absoluta. La consulta que me hizo minutos antes no fue más que una manera cómplice de compartir con alguien cercano la firmeza de su voluntad al respecto. Aquella decisión debía ser informada de la manera más clara a muchos, a millones, para evitar que algún ego desatado pretendiese torpedear la transición desde adentro. Soy testigo de que un puñado de colaboradores cercanos al Comandante fueron incapaces de aceptar y reconocer el liderazgo y la posición de mando de Nicolás Maduro. El tiempo y sus acciones se han ido encargando de dirigirlos, paulatina y afortunadamente, al basural de la historia, uno por uno.

Aquel día las emociones y el peso de la historia fueron demasiado intensas. Me hacían recordar circunstancias de vida semejantes por las que transité 11 años antes con la enfermedad de mi madre. Yo le pedía a Dios, a la energía creadora, que fortaleciera el organismo del Presidente para que superara las batallas por venir, pero a la vez, si el peor de los desenlaces era inevitable, rogaba que no sufriera la pasión y los dolores en vida que sufrió mi madre en la fase más cruda y final de su padecer. El Comandante, en su profunda y

verdadera cristiandad, siempre estuvo aferrado al Cristo Redentor, a José Gregorio Hernández, Santo del Pueblo venezolano y a la Virgen. En el baño de su habitación del hospital mantenía un pequeño altar al que le encendía o le mandaba a encender una velita para potenciar la protección de su fe. Ese día yo mismo fui el encargado de renovar las velas y de hacer una oración en silencio por "la buena salud de la Patria" y por supuesto, del Comandante. Antes de despedirme, conversamos mucho sobre su familia, sus hijos, sus nietos, sus padres y hermanos. Hugo Chávez jamás fue un hombre de fortunas. Como Presidente, había sido aún más austero que antes de serlo. A su familia sólo podría legarle su honor, sus libros, sus condecoraciones y su amor más profundo. Al salir del hospital, pedí al amigo conductor del vehículo que se dirigiera al Malecón de La Habana. Me bajé para procesar tantos sentimientos y pensamientos, y compartir mis secretos con el ruido de la mar y en compañía de la luna.

El 5 de diciembre de 2012 recuerdo haber apoyado al Presidente en labores de gobierno, llamadas, revisión de documentos, mensajes a sus ministros. La angustia en la familia era evidente, pero también lo fue la fortaleza para enfrentar la situación. El momento trascendente de ese día sería la visita del Vicepresidente Nicolás Maduro. El Comandante le había pedido a Nicolás que fuera a verle. Sería un encuentro y una conversación para la historia. Tras la conversación del día anterior, yo tenía como pensamiento recurrente, casi permanente, cuál sería el sentir y la reacción del Vicepresidente Maduro cuando su Jefe, su Comandante querido, colocara el destino de la Patria toda sobre sus hombros y alma. Yo conocí a Nicolás Maduro en 1999, cuando me incorporé por unas semanas en un equipo dirigido por el hermano de la vida, Rubén Hernández, para organizar consultas y videoconferencias con varios sectores y territorios del país,



con el fin de recibir insumos y aportes para la redacción de la nueva Constitución que se discutía en la Asamblea Nacional Constituyente. Luego, mantuve la cercanía con su trabajo, como parlamentario, a través de Rubén y mi hermano Gustavo. En los días difíciles de 2002, el día siguiente a la toma de Plaza Francia de Altamira por parte de militares golpistas de alto rango y políticos prehistóricos de la derecha, las circunstancias de la vida y el huracán de la Revolución me llevaron a sentarme en un estudio de Venezolana de Televisión a hacer entrevistas. Una de las primeras llamadas de apoyo que recibí fue la del Diputado Maduro. Días más tarde, me correspondió estar al aire mientras ocurría aquel evento lamentable en el que un hombre arremetió con un arma de fuego contra manifestantes de la Plaza Altamira. Esa noche, en un momento tan tenso, recibí la orientación de Nicolás Maduro, para hacer llamados a la calma y desmontar la tesis que aseguraba, desde los cañones de los medios de la derecha, que aquel hombre desconocido armado y sanguinario era una suerte de sicario político enviado de las fuerzas de la revolución.

Aquel destacado revolucionario de 50 años recién cumplidos en noviembre de 2012, siempre estuvo al lado y a las órdenes de Hugo Chávez. Tengo la certeza de que jamás aspiró otra gloria que servirle a la Patria a través del servicio a la Revolución a partir de la disciplina y la lealtad, más que probadas y comprobadas, al líder Comandante. Nunca procuró ser Asambleísta Constituyente, ni Diputado, mucho menos Presidente de la Asamblea Nacional, ni Canciller, ni tampoco Vicepresidente Ejecutivo. Todas fueron tareas que le encargara el Comandante y que asumía con entrega y rigor admirables. Ahora bien, ese 5 de diciembre de 2012 estaba a punto de recibir la más inmensa y trascendente responsabilidad imaginable: tomar el testigo de manos del Gigante Hugo Chávez para liderar y ga-

rantizar la continuidad de la Revolución Bolivariana, una Revolución popular, socialista y antiimperialista en un mundo hegemónicamente capitalista y neoliberal.

Creo recordar que comenzaba el atardecer cuando llegó el Vicepresidente Maduro al Hospital Cimeq. De inmediato, le avisé al Presidente Chávez. Dejó sus papeles a un lado y me dijo que le hiciera pasar. El saludo entre ellos estuvo lleno de cariño, confraternidad y, por qué no decirlo, de amor, de admiración y confianza mutua. Hice una señal para salir de la habitación y dejarlos a solas, pero el Jefe me pidió que me quedara y fuese testigo de aquel capítulo, tan apasionante, como triste. El Comandante hacía referencia a que de nuevo se encontraba en una situación delicada, que siempre había vivido en medio de mil batallas. Pidió un parte rápido de los acontecimientos en el país, sobre todo, de la campaña electoral para las elecciones de gobernaciones. De inmediato, entró en materia, sin muchas escalas: *Bueno, Nicolás, entiendo que ya te pusieron al día sobre la situación y los escenarios que se presentan*. Volvió a repasar los tres escenarios posibles. El Vicepresidente confirmaba que los compañeros que habían viajado a Cuba unos días antes, le habían explicado con detenimiento los posibles escenarios, mientras aseguraba que todo saldría bien, que la cirugía sería exitosa, que los médicos eran extraordinarios y que Dios le acompañaba. El Comandante no permitió que su discípulo desarrollara mucho su optimismo nato y necesario y le interrumpió para ir directamente al grano: *Bueno Nicolás, ojalá sea como dices, pero la situación es peor a la que te pudieron relatar Cilia y los compañeros, hoy surgieron razones científicas que nos obligan a prepararnos para los escenarios más delicados, sin descartar ninguno, claro está*. Pasó entonces a explicarle lo delicado y riesgoso de la cirugía por venir y me pidió que

agregara algunas opiniones del equipo médico y del propio Comandante Fidel al respecto.

El Vicepresidente, a quien se le notaba la tensión tras la sonrisa desde que entró en aquella habitación, fruncía el ceño y se ponía las dos manos delante de la boca, como en señal de oración. *Enfrentaremos cualquier escenario Comandante*, dijo. *Lo sé, Nicolás, ahora bien, si el escenario que resulta fuera el segundo o el tercero, entiende esto, si yo llegara a faltar o a quedar inhabilitado para Gobernar... te tocaría a ti, Nicolás, te tocaría a ti asumir las riendas y garantizar la continuidad y la irreversibilidad de la Revolución Bolivariana*. Prosiguió expresando los motivos y virtudes que veía en él y que le hacían tener la certeza de que su decisión era la correcta. Le hizo saber que había conversado al respecto conmigo la noche anterior, y que yo había coincidido con su análisis y selección. Y*, bueno, Nicolás, yo sé que es una gran responsabilidad y que esperamos no tener que llegar a ese momento, pero sería irresponsable no estar preparados, no prepararnos. Las cosas no se resuelven solas. Mi deber es trazar la ruta*.

Como efecto reflejo, fijé mi mirada en el rostro de Nicolás Maduro. Lo sentí abrumado, tratando de procesar esas dos circunstancias tan indeseadas y sobrevenidas, como interdependientes: la posibilidad real de quedarnos sin la guía del Jefe absoluto de la Revolución y, para colmo, aquella decisión inesperada, le correspondería a él, a Nicolás, al obrero, al discípulo más cercano, al más leal, asumir las riendas de las manos de ese líder infinito. Yo mismo me sentía superado por aquella conversación y no era su protagonista. Se produjo un silencio total. El Comandante se quedó mirando a Nicolás, mientras buscaba comodidad poniendo una de sus manos detrás de la cabeza. Maduro parecía estar a punto de entrar en tran-



ce, con la mirada fijada en el horizonte mientras movía levemente la cabeza, como asintiendo, aceptando. El Comandante también pasó a fijar sus ojos en el horizonte ficticio de alguna de las paredes de aquella habitación. La tristeza en el rostro de Nicolás era inocultable. Sus ojos hacían esfuerzos por contener las lágrimas. Dejé de tomar notas. De nuevo, me temblaban las manos. El Comandante me dirigió una mirada que interpreté como señal para romper aquel silencio, que no sé si duró segundos o minutos. Algo dije, no puedo asegurar con precisión qué fue. Creo que mis palabras le dieron espacio al Vicepresidente para reconectar y cuando parecía que podría quebrarse emocionalmente, sucedió todo lo contrario, tomó la palabra con firmeza y voz fuerte y dijo, palabras más o menos: *Cuente conmigo Comandante, haré lo que me corresponda hacer, en cualquier escenario que se presente, para garantizar la continuidad y la profundización de la Revolución Bolivariana. Por difícil que sea, con el Pueblo saldremos adelante*.

Al Comandante no parecía sorprenderle en absoluto aquellas palabras de Nicolás Maduro, sin duda las esperaba. En ese momento, supuse que el Presidente, el Maestro, le transmitiría un mensaje de aliento al alumno en aquella circunstancia tan compleja, pero ocurrió todo lo contrario: *Pero ven acá, Nicolás, yo no te estoy diciendo simplemente que vas a estar al frente de un Gobierno, que serías Presidente de un país, porque estoy seguro que el Pueblo en esa situación te elegiría, lo que te estoy diciendo va mucho más allá. No sólo serías Presidente de Venezuela y líder de la Revolución Bolivariana en Venezuela, te correspondería ser el líder de una Revolución Socialista con impacto en todo este continente y más allá en el mundo entero. Tú, como Canciller de tantos años, más que nadie sabes que la liberación debemos lograrla en todos los pueblos. Que esto no es asunto de un país, ni siquiera de una región o continente, que nuestro enemigo es el imperio*

El Presidente Chavez y su Canciller Maduro sonríen en un evento internacional.

más poderoso que haya existido y el sistema más perverso y opresor que pueda concebirse. Nosotros no podemos fallar y tú tendrías que asumir ese rol integralmente si yo no estoy. Al subir la vara tan alto, pensé que el Vicepresidente podría mostrar mayor angustia, pero no, le respondió con tranquilidad y entereza a su Jefe, entendía perfectamente el desafío que significaba aquello y le ratificó que asumiría la tarea desde todos los frentes, con el Pueblo, con la Fuerza Armada, con el Partido.

Tras ese momento tan duro y trascendente, el Comandante nos confesó que, aunque el equipo médico no estaba de acuerdo, porque eran partidarios de operar cuanto antes, él quería regresar a "la Patria venezolana", quería dirigirse al país para prepararlo también ante cualquier circunstancia. Aunque no lo decía explícitamente, tengo la certeza de que él percibía que el peor de los escenarios era el más probable. Tenía que despedirse preventivamente de su Pueblo, tenía que reafirmarle, como lo hizo a lo largo de los meses de campaña, que Chávez no era él, que Chávez era el Pueblo, los Pueblos, que él ya era parte de la conciencia popular, que Chávez era Maduro también, era la dirección colectiva de la Revolución. Tenía, además, que preparar a su gente para los embates que la burguesía y el imperialismo ya estaban planificando y ejecutando con el objetivo de asediar a la Revolución, de aprovechar la convalecencia de su líder, y todo indicaba que, si él llegara a faltar, serían inclementes en intensidad y crueldad (como efectivamente lo han sido). Por supuesto, el objetivo más significante de su mensaje al país sería sugerir a Nicolás Maduro para tomar el testigo de la Jefatura de la Revolución y el Gobierno, si se presentase alguno de los escenarios negativos. Se paseó entonces por una primera aproximación a lo que serían los detalles de su viaje de regreso, incluyendo las variantes de eventos para dirigirse

al país, así como un mensaje fundamental y complementario que debería darle también a su Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Seguidamente, volvió a elevar la reunión al nivel estratégico, desde los eventos que ocurrían en Siria y Libia, hasta las actuaciones injerencistas de Washington en Nuestra América, desestabilizando gobiernos progresistas, promoviendo golpes de Estado de distinta índole y minando los procesos de cambio con financiamiento asegurado a través de sus agencias y supuestas ONGs. La paz en Colombia siempre era tema seguro para el Comandante Chávez. Le frustraba un poco que su condición de salud le impidiera durante aquellos días atender a los actores del conflicto colombiano para seguir tratando de acercar sus posiciones. Le dio instrucciones al Vicepresidente al respecto. Nada debía retrasar el ritmo y los avances hacia los acuerdos. Aquella era la única guerra en desarrollo en Nuestra América y la paz era el único puerto posible. Conversó sobre la economía. Se refirió a un plan especial que venían trabajando en el equipo de gobierno, el plan W. No llegué a tener acceso a los detalles del plan, de hecho en partes de la conversación, me sentí un poco al margen, pues el Jefe y su pupilo mayor hablaban en clave. Eran decisiones que ni siquiera yo debía manejar, al menos no en aquel momento.

Le pidió a Nicolás que volviera a Caracas para preparar todo lo referente a su regreso y alocución. Varias veces le pidió fortaleza para enfrentar los días y semanas por venir. Le dijo que en su estadía en Caracas tenía que conversar con él y con Diosdado Cabello, juntos. Fue entonces cuando le instruyó a su Vicepresidente que si se generaba alguno de los escenarios indeseados, yo debía asumir la Vicepresidencia Ejecutiva. Maduro me dirigió una mirada



cómplice, creo que sintió algo de alivio al saber que no sería el solo el responsable de semejantes cargas históricas. En ese sentido, el Comandante le recordó que la dirección y la conducción de la Revolución y del Gobierno debían ser colectivas, debía contar siempre con su alto mando político y militar, con las instancias del Partido Socialista Unido de Venezuela, que debía ser un gran orientador, pero a la vez, le afirmaba que tenía que ejercer la jefatura y la autoridad firme como líder de la Revolución.

Recuerdo que otro tema abordado en aquella conversación fue el de las Políticas Económicas. Había decisiones pendientes. El Comandante sabía que la derecha había hecho esfuerzos para afectar la estabilidad económica durante el año 2012, con la clara intención de generar una percepción negativa en la sociedad con miras a las elecciones presidenciales. Escaseaban ya algunos productos de la cesta básica, nuestra moneda estaba bajo una gran presión, los mecanismos de control cambiario habían sido infiltrados por la burguesía. Ya en aquel momento, el Comandante Chávez nos advertía que, una vez lograda la estabilidad política con su triunfo electoral y la vigencia de la enmienda constitucional que contemplaba la reelección continua, el imperialismo y sus agentes venezolanos aumentarían la agresión abierta a la economía venezolana para tratar de afectar el modelo redistributivo en construcción e impedir que la transición al socialismo fuese "humanamente gratificante". Nos llamaba a estar preparados para afrontar lo que él denominaba ya una feroz "Guerra Económica". La confrontación sería determinante, pues, por una parte, el Presidente tenía la determinación de radicalizar la Revolución Bolivariana en su dimensión económica y, por la otra, el imperialismo ya había escogido el campo de la economía para la confrontación final. Cuestionó con énfasis los niveles de producción petrolera y los

pocos avances en materia petroquímica. *No podemos seguir viviendo de la venta de crudo. La petroquímica, Nicolás, la petroquímica. Casi todo lo que nos rodea, desde la ropa hasta esta cama y esta manguerita para el suero, viene de la petroquímica. Necesitamos una explosión al respecto, no puede seguir siendo una riqueza en potencia, tenemos que avanzar más*.

Su decepción por los números de producción petrolera era evidente. El petróleo, nos decía, era tan esencial para la diversificación de nuestra economía, como para mantener la salud del modelo de la justa redistribución de la riqueza, a través de las Misiones, Grandes Misiones y demás políticas sociales. Nos recordaba las metas de producción petrolera que se habían colocado en el Plan de la Patria y el mal ritmo que llevábamos para alcanzarlas. Algo le olía mal al Presidente en este sector. Esto nos lo ratificó tiempo después, el 22 de febrero, en la última reunión de trabajo que hizo con el equipo, en la que fue enfático y le exigió a Rafael Ramírez desprenderse de otras responsabilidades que le había asignado, como la Gran Misión Vivienda Venezuela, para que se concentrara en aumentar la producción. Otro ámbito que le preocupaba era el sector eléctrico. El equipo que estaba al frente no parecía estar consciente de las vulnerabilidades y las amenazas que se cernían sobre el sector. No había control político y se generaban acciones desestabilizadoras desde el interior de la empresa eléctrica nacional. Estaba planeando una estrategia especial para abordar esta problemática. El Comandante estaba pensando en alguna política especial para controlar el sector eléctrico, creo haber entendido entre líneas que pensaba en una Misión o Gran Misión para lograr ese objetivo.

Otro tema destacado fue la seguridad: la del Vicepresidente, los ministros, el Alto Mando político-militar y sus entornos familiares. Siempre levantaba las alertas sobre lo que era capaz de hacer Álvaro Uribe Vélez contra la paz de Venezuela. Asimismo, se sabía de la actuación de las agencias de inteligencia gringas en el país y sus nexos con el narcotráfico y el paramilitarismo colombianos. Nos llamaba a estar atentos siempre a los quinta columna que podían surgir dentro del seno de la propia Revolución, sobre todo si él llegase a faltar. El Vicepresidente Maduro tomaba nota de cada instrucción y trataba de tranquilizar al Jefe sobre cada preocupación que presentaba. Nos advirtió también de las acciones potenciales de algunos connotados burgueses, cuyo odio contra el Pueblo y la Revolución radicaba en los privilegios y el poder que habían perdido desde 1999. Debíamos mantenernos alertas y hacerles seguimiento cerrado para frenar a quienes pretendiesen restaurar la dependencia y el coloniaje en Venezuela.

No tengo noción de cuántas horas duró aquella reunión. Llegado el momento, el Comandante comenzó a despedirse, a ratificar las instrucciones y reflexiones más sensibles y siguió manejando detalles de su regreso al país para dirigirse al Pueblo de Venezuela (y a los Pueblos del mundo). Le pidió al Vicepresidente regresar y compartir las reflexiones con Diosdado Cabello y el resto del equipo y preparar todo para su viaje. Se tomaron por los brazos con cariño y sonrisas. *Mucha fuerza, Nicolás, confianza en el Pueblo. ¡Hasta la victoria siempre! ¡Venceremos!* Nicolás Maduro se despidió con mensajes de esperanza y mejoría, haciendo referencia a la protección de Cristo y las buenas energías de todo el mundo y todas las creencias para su recuperación y vuelta al ruedo como Jefe indiscutible de un proyecto histórico para los pueblos del mundo. *¡Venceremos, Comandante, Chávez Vencerá!*



Acompañé al Vicepresidente hasta los ascensores del hospital. Como es natural, estaba comenzando a asumir inmensas cargas históricas en su alma y se le notaba la presión, pero, a la vez, me hablaba con esperanza, con fe en la fortaleza del Comandante. Coordinamos los detalles del regreso, métodos de comunicación y alertas, entre otras cosas. Regresé a la habitación del Comandante, estaba con los médicos, dando instrucciones para el viaje.

Cumplidos todos los protocolos para el viaje de regreso, el propio Comandante Fidel Castro fue a despedir al Presidente Chávez. Justo llegó, cuando ya el Comandante Chávez iba saliendo. Se sentaron en el lobby del hospital. La poesía fue el centro de aquella conversación. Recuerdo que Chávez compartió poemas de Alberto Arvelo Torrealba y Luis Alberto Crespo. Todo giraba en torno al Fuego Sagrado, a esa llama o ardimiento que llevan los hombres y las mujeres que luchan por la libertad. Chávez también narró pasajes de la obra teatral de César Rengifo, *Lo que dejó la tempestad*, en la que una madre del pueblo, a pesar de perder a sus hijos en la Guerra Federal, creyó ver al General del Pueblo Soberano, Ezequiel Zamora, cabalgando aunque ya una bala traicionera había terminado con su vida. Aquella mujer le gritaba a Zamora: "¡General Zamora, en mis manos llevo tu llamarada!", y siguió luchando en su nombre. Entre abrazos y risas se despidieron y cual símil de aquel relato literario venezolano, el Comandante Chávez le decía al Comandante Castro al subir al avión: "¡Fidel, en mis manos llevo tu llamarada!". Y vaya que aquellos dos seres llevan encendida la llama de sus pueblos, como ellos, sencillamente inextinguible.

Llegada del Comandante Chávez la madrugada del 6 de diciembre. Recibimiento de su equipo de gobierno en el Aeropuerto Internacional Simón Bolívar.

Fue un viaje tranquilo. Durante el vuelo, el Comandante, a pesar de las molestias físicas, seguía trabajando y dando

instrucciones. Al llegar a la Rampa Presidencial del Aeropuerto Internacional de Maiquetía, le esperaban un grupo de Ministros y Ministras y su hermano Argenis, con quienes departió un rato en frente a las escalerillas del avión. Buena parte de aquella conversación reflexiva fue transmitida en vivo por Venezolana de Televisión. Dos momentos de aquella conversación del Comandante Chávez al llegar me marcaron: Cuando afirmó: *Somos los herederos de los derrotados de siempre (Bolívar, Zamora, ...que ahora vuelven victoriosos*, como también cuando reflexionó sobre el hecho de que antes de la Revolución Bolivariana no teníamos Patria, no éramos un Pueblo, no compartíamos con orgullo de la misma fuente histórica, ni teníamos un proyecto de futuro compartido. En las imágenes de TV, el Comandante se notaba tranquilo, no parecía adolorido, ni tampoco daba la impresión de que una parte de él, una parte consciente de él, regresaba a Venezuela a despejar el horizonte político y a despedirse de su Pueblo amado.

Me fui a casa con la familia y a descansar un poco. En Caracas, el Presidente contaba con todos sus equipos de apoyo. Yo estaría pendiente de que se cumplieran todas las instrucciones que el Jefe había dado en los últimos días y horas. Confieso que no tenía plena conciencia de la trascendencia de aquel momento, que pasaría a ser parte de nuestra historia contemporánea. Al día siguiente me reuní con mis equipos de trabajo del Ministerio del Poder Popular para la Ciencia y la Tecnología. Recuerdo que una de las reuniones fue con los equipos de SUCERTE (la Superintendencia de Certificación Electrónica), pues estábamos implementando las firmas electrónicas para el Gabinete Ejecutivo, comenzando por el propio Comandante. Él quería "sacar tanto papel" de la toma de decisiones en el Estado, garantizando mayor seguridad en los procesos. Siempre nos insistía en la necesidad de desarrollar cualquier sistema en Software Libre. Siempre

nos llamó a liberarnos en todos los frentes, destacando el tecnológico. Aunque no era experto en el tema, sabía que el software privativo era una de las cadenas de dominación más complejas y sólidas del capitalismo y teníamos que romperla en Revolución. Aquella dependencia y sus alcances ponían en peligro la seguridad nacional y podrían poner en peligro la propia existencia de la República.

No conservo recuerdos, ni notas, que indiquen que me haya reunido con el Comandante hasta el 8 de diciembre en la tarde, cuando nos mandó a llamar. ¡Vaya tarde y noche aquella! Al llegar al Palacio de Miraflores, me hicieron pasar directamente al despacho número 1 para subir por el ascensor hasta el piso 2. Allí se encontraba el espacio íntimo y vital del Presidente en el Palacio, una especie de apartamento, con una cocina, un espacio en el que el Comandante pintaba y tenía sus cuadros culminados o a medio hacer, sus libros y la habitación donde dormía, la misma del famoso Balcón del Pueblo, desde donde se dirigía al país y a la militancia, para celebrar cada victoria electoral. La vista de Caracas desde aquella habitación y aquel balcón alcanzaba hasta el Museo Militar de Venezuela, hoy conocido como el Cuartel de Montaña o el Cuartel 4F. Aquel edificio de arquitectura original, fue el puesto de comando del Teniente Coronel Hugo Chávez durante la Rebelión Popular del 4 de Febrero de 1992, día de inflexión en nuestra historia reciente. El Comandante solía reflexionar mientras tomaba café, con la vista puesta en el Cuartel de la Montaña, sobre temas estratégicos y determinantes. Aquel viejo y hermoso Cuartel le servía de inspiración en la lucha cotidiana. Supongo que nunca imaginó que allí reposarían sus restos físicos un tiempo después y que aquel museo pasaría a ser templo y santuario para los revolucionarios y revolucionarias de Venezuela y el mundo. O quizás sí lo intuía su alma y por eso su devoción por

el Cuartel. Incluso dejó uno de sus cuadros a medias, precisamente plasmando la vista de Caracas desde aquel balcón que incluía en el fondo a su añorado Cuartel de la Montaña. Tal vez por eso hubo tanto consenso entre la familia y sus colaboradores al momento de decidir el lugar para que reposaran sus restos inmortales, en medio de aquella vorágine de sentimientos.

Al salir del ascensor noté que la puerta de su habitación estaba abierta. Estaba reunido con Nicolás Maduro y Diosdado Cabello. Sólo saludé y seguí de largo hacia un pequeño jardín con un sector techado inspirado en una choza indígena, con chinchorro, un loro muy divertido, unas gallinas y gallo al final y un escritorio lleno de documentos y lapiceros. Su ayudante de guardia me saludó y me pidió esperar allí. Al salir de la reunión, el Vicepresidente Maduro y el Presidente de la Asamblea Nacional, Diosdado Cabello, reflejaban en sus rostros una suerte de sonrisas tristes, aparentes. Me dio la impresión de que salían de aquella habitación con muchas instrucciones, más que eso, con directrices precisas y cursos de acción muy claros para la historia, pero a la vez entraban en un momento de incertidumbre y sensación de extravío. Ellos bajaron, el Comandante me hizo pasar. Estaba acostado en su cama, con sus lentes de leer y papeles por todas partes. Tras el saludo me dijo: *Bueno, ya viste que estaba reunido con Nicolás y Diosdado. Tienes que ayudarlos. Tú tienes mucho de eso que llaman sentido común. No les va a tocar fácil si yo no estoy. Si ya es difícil estando yo, imagínate (risas). Mientras más unidos estén mejor para el país. Hay que conformar una dirección colectiva*. Continuó desarrollando la idea, se refirió a la importancia de haber creado el Partido Socialista Unido de Venezuela en 2006, al hecho de tener un Proyecto Claro, de contar ahora con el Plan de la Patria, su Plan de Gobierno presentado ante el país y el Consejo Nacional Electoral cuando arrancó

El Comandante Chávez, siempre invicto, le muestra a su Pueblo la Espada del Libertador Simón Bolívar en la Celebración de la victoria electoral.



la campaña presidencial meses antes. Recuerdo que me instruyó que debíamos incorporar en el Plan de la Patria los aportes, ideas, insumos que el pueblo había sugerido en el proceso de Consulta popular que se había desarrollado en todo el país en los meses posteriores a la elección presidencial. Paradójica y efectivamente, ese proceso de ensamble y sistematización de propuestas para incorporar al Plan, lo terminamos llevando adelante desde la Vicepresidencia Ejecutiva de la República. Fue un trabajo apasionante. Analizar e interpretar todas aquellas luces y sabiduría popular para nutrir el Plan que les dejaba su Comandante como carta de navegación para enfrentar mil tormentas y llegar fortalecidos a la Patria Nueva. Fue un trabajo riguroso que contó con un equipo de compañeros y compañeras profundamente chavistas.

Me dijo el Comandante: *Estoy pensando entregarle a Nicolás la Espada de Bolívar durante mi mensaje*. En aquel momento caí en cuenta de la trascendencia del momento, de los símbolos que el Jefe quería que acompañaran y proyectaran aquella alocución y las certezas y metamensajes que quería cimentar en el Pueblo, en los Pueblos del mundo y en los adversarios. Se refirió a las amenazas que se cernían sobre la Revolución. El imperialismo estaba avanzando en varios frentes. Aunque él estuvo a media máquina (o menos) por su enfermedad durante la campaña electoral, se sintió el rugir de la burguesía y su desesperación por reponer el estado de cosas de 1998. La victoria pudo ser más amplia, debió serlo, pero en todo caso, el resultado era una campanada popular. Agregaba que eso nos obligaba a corregir lo que hubiese que corregir, a radicalizar la Revolución, con nuestras características, con nuestro estilo, con coexistencia de los distintos tipos de propiedad, sin hacerle concesiones a la burguesía y al imperialismo. Le hablé sobre el "eterno retorno", reflexión

que él mismo había propiciado en aquellos meses tras leer y analizar la obra *Así Hablaba Zaratustra*, de Nietzsche. Conversamos sobre los hombres y mujeres nuevas (los del Ché) que debían construir y consolidar el socialismo, como aquellos republicanos que Simón Rodríguez demandaba formar para crear las nuevas repúblicas hace 200 años. Luego conversamos sobre asuntos estrictamente familiares. Mientras me hablaba, sabía que parte de su mente estaba aún meditando y definiendo el mensaje que estaba por trasmitirle al país. Era un hombre con una gran capacidad intelectual, capaz de trabajar en varios tableros mentales en simultáneo. Fue redondeando la conversación y me pidió bajar y esperarle en el Despacho 1, y me ratificó que yo debía estar allí, junto a los Vicepresidentes de Gobierno, acompañándolo durante ese mensaje al país.

Le esperamos unos minutos, nos ubicaron en las sillas en torno a la mesa. Al bajar para dar el mensaje, saludó con cariño a su equipo de gobierno y los trabajadores de Prensa Presidencial, hizo un par de comentarios jocosos e hizo referencia a que había pensado usar la Espada del Libertador durante la transmisión, pero como ya se hacía tarde, prefería sentarse de una vez y comenzar a transmitir de inmediato, pues sabía que el país y el mundo estaban a la expectativa de sus palabras. Toda Venezuela vio aquella transmisión, como año y medio antes había visto el mensaje del Presidente desde La Habana, explicando su situación de salud. Estar sentado allí, en uno de los extremos de la mesa, con el ángulo preciso para observar con detenimiento los gestos y reacciones del Comandante, su Vicepresidente y del Presidente de la Asamblea Nacional, me generaba angustia, pero tranquilidad a la vez: no habría traición. No se repetiría la historia de Bolívar. Yo daba por descontado que su Pueblo jamás le traicionaría, pero allí confirmé también que su equipo

político y el liderazgo de la Revolución le serían leales por siempre. Por más incertidumbre que sus palabras pudiesen generar, por más tristeza y desesperanza que se sintieran, la continuidad de su proyecto y la fidelidad a sus ideas no estaba juego, en ninguno de los escenarios por presentarse.

Tras sugerirle al país que ante cualquier coyuntura en la que él no pudiese asumir sus funciones, apoyaran a Nicolás Maduro, se refirió a la Espada de Bolívar e hizo un gesto que el Teniente Escalona, su ayudante, entendió de inmediato. Quería sacar la espada y mostrarla, entregársela a Nicolás Maduro, como símbolo de transferencia del poder más excelso, el del único proyecto continental realmente Bolivariano que haya existido después de la traición al Libertador. Sin embargo, al no haber dado una instrucción tajante antes de la transmisión en vivo, sus equipos no dieron con la llave de la caja de metacrilato que resguarda esa joya histórica. A través de las señas, el Presidente supo que su intención sería frustrada, lo que dio pie a que ratificara con mayor contundencia la necesidad de reconocer y respaldar a Nicolás Maduro y de mantener la unidad y las luchas en torno a su liderazgo. Insisto, la tensión podía sentirse, casi palparse en el ambiente. Sin embargo, el Comandante nos hablaba con tanta firmeza y certeza que, al echar las cartas sobre la mesa, no hacía más que garantizar la proyección de su proyecto y legado históricos y darle tranquilidad al Pueblo todo.

Al finalizar la transmisión, el Presidente se despidió con humor amoroso, haciendo loas a la Patria y a Bolívar. Reclamó que no se haya ubicado la llave para sacar la espada, pero lo hizo más en tono de broma por la angustia que generó en su equipo de ayudantes. Salimos de aquella transmisión, paradójicamente des-

garrados y fortalecidos a la vez. En otro salón del Palacio esperaban el resto de los ministros y Jefes militares. El Vicepresidente Maduro se dirigió a ellos, insuflándoles fuerza, esperanza y seguridad de que bajo ninguna circunstancia estaría en riesgo el Proyecto Nacional Simón Bolívar, que Chávez seguiría batallando por su salud, que no eran tiempos para desánimo y para bajar la guardia. Como hombre creyente, recordó que había que orar, pero como decía nuestro cantor, no bastaba rezar. Debíamos mantener con fuerza la gestión de gobierno, terminar con éxito la campaña electoral para las Gobernaciones y vencer, siempre vencer.

Al día siguiente, tras un breve acto militar en el que el Presidente ascendió a Almirante en Jefe al Ministro de la Defensa, Diego Molero, nos dirigimos de nuevo al aeropuerto de Maiquetía para enrumbarnos hacia Cuba. Cuando el avión presidencial alzó vuelo, por unos segundos tuve una sensación parecida a la que sentí en agosto de 1998, cuando despegaba en vuelo comercial en una ruta cuyas escalas me llevarían a estudiar una maestría fuera del país. En aquel entonces, desde la ventanilla divisaba el territorio nacional y, consciente de que no volvería en meses, quizás en un año, llegué a la conclusión que a mi regreso tendría dos opciones: incorporarme a la construcción colectiva de una Revolución pacífica (si Chávez ganaba la elección presidencial del mes de diciembre) o podría volver en medio de una revolución armada y sumarme a la resistencia (si la oligarquía, que ya se decantaba por un candidato unitario para enfrentar a Chávez, ganara aquella elección). Ahora bien, en este caso, en 2012, me preguntaba si volveríamos con el Comandante Chávez en condiciones de gobernar y seguir profundizando la Revolución pacífica, o si volveríamos sin él y nos pudiésemos enfrentar a un conflicto político, económico y social azuzado por el imperialismo


RNV

y la burguesía para cerrarle el paso a la Revolución en paz y llevarnos lamentable e inevitablemente por los oscuros y dolorosos caminos de la violencia. Sin embargo, mientras más altura alcanzaba este avión y más tenues se hacían las luces de nuestro pueblo en tierra firme, vino a mi mente el rostro del Vicepresidente Maduro en tres momentos de aquellos días recientes. La primera impresión, al momento recibir tamaña responsabilidad histórica durante la conversación con el Comandante en el hospital Cimeq. Recordé también su expresión el día anterior en el Despacho 1, cuando el Presidente anunciaba al país y al mundo su decisión de depositar toda su confianza en él. Y, por último, su rostro al despedirse minutos antes, mientras el avión presidencial se desplazaba hasta la pista de despegue. En ese mismo instante desaparecieron mis angustias fatalistas sobre el futuro: si el Comandante se nos iba, no sería fácil, sería muy duro, el imperialismo con seguridad buscaría tomar ventaja de las circunstancias para desestabilizar el país y llevarnos a un conflicto interno para hacerse del poder político y retomar el control sobre nuestros recursos naturales. Pero el rostro, el ánimo, la fuerza y la entereza del Vicepresidente Maduro disipaban cualquier duda: no habría traición y así como no pudieron con Chávez, no podrían con Maduro, no podrían con el Pueblo de Bolívar, no podrían con nuestra decisión irrevocable e inexorable de ser libres para siempre.

Estas líneas las comparto al cumplirse 10 años de aquellos días tan duros y dolorosos, llenos de aprendizajes nostálgicos. Durante esta década de tantas agresiones y desafíos, el Pueblo venezolano, con su inigualable capacidad de resistencia y su infinita conciencia, ha demostrado, una vez más, su talante y su condición excepcional en la historia de Nuestra América. Enfrentado a las circunstancias más difíciles, el nuestro es un Pueblo que siempre triunfa

El Vicepresidente Maduro da un reporte de la evolución clínica del Presidente Chávez desde del Palacio de Miraflores.

y abre las brechas y horizontes para florecer y reflorecer siempre airoso. En este contexto tan complejo, la conducta leal y profundamente Chavista de Nicolás Maduro confirma que no me equivoqué en lo que sentí entonces y comprueba que, como siempre, el Comandante Chávez tuvo razón. Todas las alertas y advertencias que nos hizo durante aquellos días de diciembre de 2012 se fueron concretando una a una. Y en esta tormenta, el timonel que nos dejó para seguir navegando, ha mantenido el rumbo cierto hacia el socialismo, hacia la democracia verdadera, hacia la consolidación del Poder Popular.

Hemos superado las olas más elevadas que el viento feroz del imperialismo ha generado para devastarnos y someternos a su perversa voluntad. El Presidente Maduro nos llama a seguir avanzando en la concreción y construcción del sueño de Hugo Chávez, el Proyecto Nacional Simón Bolívar, en esta Nueva Época de Transición al Socialismo. Nos orienta a ir más allá de la Resistencia, a cambiar todo lo que deba ser cambiado, a llevar adelante y a fondo una revolución dentro de la Revolución y a generar un Renacimiento luminoso que nos lleve al puerto seguro de la Patria socialista. No guardo dudas, luego de tantas pruebas superadas, la conducción estratégica de Nicolás Maduro nos dirige a ritmo acelerado hacia el punto de no retorno de nuestra independencia y proyecto histórico, hacia la IRREVERSIBILIDAD de la Revolución Bolivariana.

Dios concede la victoria a la constancia.
Simón Bolívar

Juramentación de Jorge Arreaza como Vicepresidente Ejecutivo de la República ante los restos inmortales del Comandante Hugo Chávez en la Academia Militar de Venezuela.




DISTRITO MOTOR DE
DESARROLLO RURAL
CACIQUE TAMANACO




4F
4F